

El código de los demonios

H.K. A



Capítulo 1

Epígrafe

“Dejamos de buscar monstruos debajo de la cama, cuando comprendemos que los monstruos están dentro de nosotros.”

Anónimo

“El último enemigo del hombre, es el hombre”

Yoshiyuki Sadamoto

Capítulo 2

El código de los Demonios

I

Los persiguen. Pueden sentir los pesados pasos de los mercenarios, apenas a metros de distancia. Y corren, urgidos por la imperativa necesidad de sobrevivir. Rápidamente desfilan callejones; avenidas desiertas, habitadas por cadáveres putrefactos.

Ella lo sigue de cerca, con la respiración agitada del que se sabe medio muerto, jadeando, tropezando con la mugre; orgánica o no, con los escombros de los edificios en ruinas. Sus piernas le fallan, amenazando con cruzarse inoportunamente la una con la otra, hasta que de pronto él lo entiende.

Recuerda el tiempo junto a ella, el manto de inocencia y plenitud en aquel mundo destruido que solo ella puede tenderle. Y sigue corriendo, tan rápido como la fatiga de los desesperados minutos se lo permite. Se decide, justo cuando van llegando a un callejón. Corre hasta llegar al fondo. Distingue una hilera de ventanas bajas en uno de los muros, rompe uno de los cristales de una patada. Ella llega a su lado.

Los pasos de las botas metálicas se acercan al callejón; por un lado ventanas sin vidrio, por el otro, muro insípido. Toma a la mujer por los antebrazos y sin pensar ni un momento más, la arroja sobre la pared de ladrillo. Su cabeza golpea sordamente el muro y él camina hasta las ventanas que le ofrecen escondite. Pero una pierna tranca su pie, y cae sobre su hombro al suelo. Se arrastra hasta la ventana rota, se voltea quedando boca abajo, mete los pies; las piernas; el tronco, sus brazos en la abertura, pero no toca piso alguno. Se aferra con las manos al marco vacío.

Los pasos llegan hasta la mujer, que llora su tragedia, toda ella músculos desgarrados y enjutos. Y el hombre sigue ahí, asida su mano a los bordes de una ventana, fuerza sus músculos y saca la cabeza al exterior. Observa y oye los gritos y el sufrimiento de su amante. No lo siente. Su pulso sigue agitado, obliga su respiración a amainar, observa las enormes agujas y los tubos, escucha el dolor de la punzada y el drenado.

Ella grita, primero a viva voz, luego a voz muerta.

El odio persiste en los gemidos, mientras su dedo señala la sucesión de ventanas frente a ella. Se le apaga la vida.

Sus ojos brillan por última vez mirando los ojos ocultos de su amante, pero en su cuerpo no queda agua que llorar.

Uno de los hombres voltea la mirada. Mira las ventanas concentrado. No encuentra nada.

El hombre cae con estruendo, ellos ya no están.

Las ventanas están lejos, el dolor le inmoviliza los huesos. Pero está vivo. ¡Malditamente vivo!

Se pone de pie horas después, camina con dificultad. Está mareado, no sabe si de hambre, o de cansancio, de dolor o de adrenalina. Camina sin rumbo, mirando sin mirar, grandes pilares de metal; habitaciones vacías; salas de extrañas maquinarias; pasillos inconexos; casinos de olor putrefacto.

Siente un olor dulce, extrañamente dulce. Es comida. No puede ser otra cosa que comida. Se pone frenético, el olor se acerca, llega a un pasillo de puertas cerradas, las huele. Aquí no es. Aquí tampoco. Aquí no. La encuentra. Está cerrada.

Forcejea con la puerta, pero no se abre, el olor escapa por la rejilla. Se desespera. Golpea la puerta con los puños, la empuja con el hombro, toma distancia. Acelera. La bota y cae con ella. El aroma se multiplica.

Le duelen el hombro y el antebrazo, pero sigue caminando. Ante él hay cuatro enormes cajas de casi un metro de lado; el aroma viene de ellas. Intenta abrir una, quitando las huinchas, pero sus uñas sangran. No puede calmarse y la desgarrar por un lado. El contenido cae al piso.

Son pequeñas barras de consistencia esponjosa envueltas en plástico. Rompe el envoltorio de una de las barras y saca el contenido: una sustancia blanda de color marrón y aroma extremadamente dulce. Se la echa a la boca. El sabor es dulce, maravilloso. Rompe otro envoltorio y vuelve a comer. Y vuelve a comer. Y vuelve a comer. Y vuelve a comer... y llora, desconsoladamente. Sigue comiendo, come, come, come, hasta que llega la arcada, se aleja unos pasos y vomita un líquido marrón, con tintes blancos y rojos. Caer de lado sobre el charco marrón y sigue llorando.

Negro.

Capítulo 3

II

Despierta hirviendo, delirando. Articula sonidos incomprensibles, no piensa; todo es dolor, dolor y fuego. Se acerca a la caja y sigue comiendo, instintivamente, y el calor se va, y llega el frío.

Un frío infernal que le hela la sangre. Necesita calor. Se pone en pie con dificultad y camina sin rumbo, buscando algo.

El frío no se va. Se desespera. Intenta correr para entrar en calor, pero sus sentidos se nublan y choca contra un pilar.

Su cuerpo empieza a entibiarse, abre los ojos y ve el sol tras la ventana. Su cabeza gira en espiral y luego vuelve. Recuerda una multitud de momentos; guerras; la muerte de su padre; la muerte de su madre; la muerte... los robos; los incendios y un llanto. Su llanto. Recuerda canciones calmadas, armonías que de alguna manera lo tranquilizan, recuerda gritos, el desagradable sonido del drenado. Cuerpos tirados, los Demonios corriendo, el sonido de sus botas metálicas alejándose.

Abre los ojos bruscamente. Ya no siente la desesperación. Intenta ponerse de pie, y su cabeza duele intermitentemente y por sectores. Siente náuseas. Todo se mueve a su alrededor. Intenta caminar, se cae de bruces.

Vuelve a intentarlo, apoyado a una pared. El frío se va, piensa cada vez con más normalidad. Pasan unos minutos, y las cosas dejan de girar. Se acerca a los rayos de sol. Lo tranquilizan. Se sienta y piensa.

Está solo. Lo entiende. Entiende que su amante ya no está. Pero no llora. Entiende que aquel lugar es la razón por la que sigue vivo. Pero no llora.

Llorar es perder agua, no puede darse ese lujo, aunque no recuerda las lágrimas al comer.

Se pone de pie lentamente y busca una salida. Su cuerpo sigue extraño, y no se siente dueño de sí mismo. Le cuesta distinguir las distancias y oye poco. Pero está vivo, eso es suficiente.

Busca una salida. La encuentra. Sale con cautela al callejón por donde entró. El cuerpo de la mujer sigue tirado, descubre que tampoco huele con normalidad. Por un momento piensa en enterrarla, pero es solo un

pensamiento fugaz sin trascendencia.

Mira para todos lados antes de salir del callejón, y sale tras cerciorarse de que no hay Demonios a la vista. Los rayos del sol lo relajan mientras camina hacia un terreno baldío. Se sienta en una banca de cemento y piensa.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo hambre.

Pasa casi una hora sentado, sin mucho que ver ni que pensar, de a poco va asimilando que está solo. Su amante está muerta. Recuerda el sonido del drenador y se estremece.

El mundo está casi vacío. Ya no queda comida, o si la hay, no está al alcance de las personas que quedan. Por eso existen los Demonios y sus drenadoras. Son hombres y mujeres que se dedican a robar los nutrientes de los cuerpos de las personas, asesinandolas en el acto. Sus drenadoras poseen una especie de líquido que deshace los cuerpos, transformándolos en un caldo espeso. Los Demonios tienen un código: Atrapar, Drenar, Comer.

Roban los nutrientes para mantenerse con vida, esa es la única ley que rige el mundo. El más fuerte come, el más fuerte vive. Sus padres muertos por la marca de los Demonios, y probablemente, él también la lleva...

Pero la lucha continúa. El conoce un depósito de comida, y eso lo convierte en un sobreviviente seguro, siempre que pueda mantener el secreto.

Escucha voces y pasos metálicos. Están cerca. Se pone de pie y busca un refugio. Entra a un edificio de fachada destruida y se esconde. Los corredores aparecen, escapan a toda velocidad, pero un pequeño artefacto anida una luz en el cuello del corredor, y un delgado hilo metálico cuelga tras del arma. Se desmorona. Los otros siguen corriendo. Un Demonio aparece, con la punta de la cadena en su mano y un Drenador en la otra. Inserta la aguja, empiezan los gritos, pasan unos segundos, empieza el drenado. El cuerpo adelgaza, la piel desaparece, quedan solo huesos.

Aquel drenado es nuevo. No recuerda nada parecido. Los otros drenados solo extraen ciertos componentes, dejando cadáveres de extraño olor, pero nunca solo huesos.

El Demonio quita la aguja al drenador y la guarda en un bolsillo alargado externo a su ropa. Guarda también su arma en su espalda, al lado de otro drenador, se quita la capucha y la máscara. Saca de un bolsillo un extraño artefacto y aprieta unos botones. Espera un momento

y empieza a caminar.

No hay nadie en los alrededores, lo sigue. Cautelosamente persigue al Demonio. Recorre calles intrincadas, pasa por fachadas destruidas, pasan vertederos de basura putrefacta. En el camino ve esqueletos de animales. No es capaz de calcular la edad de los huesos, pues están ahí desde que puede recordar.

El Demonio se detiene. El espía se esconde rápidamente. Ojea con cuidado, el hombre de capucha gris, gastada y desteñida mira en todas direcciones, saca nuevamente el artefacto de bolsillo y lo mira. El pequeño cacharro emite un ruido molesto. Biiipbiiip. El Demonio mira hacia su escondite. El sobreviviente quita la cabeza rápidamente. Su corazón se acelera, su cabeza empieza a doler invasivamente. Se deja caer, apoyado sobre la pared. El pequeño accesorio sigue sonando, cada vez más cerca, biiipbiiip.

Su conciencia se borra lentamente, siente la adrenalina en sus piernas, pero no las siente más livianas. Duelen como el infierno. El trasto deja de sonar. Mira hacia arriba, buscando al Demonio, pero no lo ve. Respira con dificultad, todo su cuerpo es dolor.

Se para lentamente, tratando de no emitir ruido, mira sigilosamente y entre el sufrimiento emerge la calma: el Demonio no está. Se deja caer nuevamente, deja pasar los minutos. El dolor desaparece gradualmente.

Capítulo 4

III

Despierta agitado. No recuerda donde está, hasta que su mente se aclara. Está en su Guarida, ya es de noche y el dolor vuelve a medida que despierta. Siente hambre, un hambre voraz que lo obliga a buscar a toda velocidad la habitación de las reservas. Ingresa estrepitosamente en la sala, ignora el vómito de olor repulsivo y aceitoso y busca las barras de sustancia. Se lleva una a la boca, y luego otra, y luego otra, y luego otra.... Para. El hambre se calma. Se extraña de la rapidez de su saciedad.

Se sienta en el suelo, apoyado en un pilar. Piensa.

Abre las cajas sin abrir y revisa el contenido. Miles de miles de barras. Divisa cuatro colores diferentes. Mordisquea cada una de las barras; el sabor no cambia, pero si su efecto. El dolor se detiene en seco.

Cuenta las barras y las ordena. Las corta en cuatro partes, luego las guarda. Hay comida para mucho tiempo, vida asegurada por mucho tiempo.

Si es capaz de sobrevivir...

Capítulo 5

IV

La vida es un azar amañado, lo sabe de sobra. Un azar donde es mejor no jugar y esconderse de la muerte a conciencia.

Recuerda el drenado, solo huesos...

El frío de la madrugada le cala los huesos, y el dolor vuelve, de alguna manera su cuerpo sabe que necesita calor, pero no es una respuesta mental. Es fisiológico. Cada una de sus células le piden calor.

Se levanta de su cama de cartones, para, guiado por algo, casi un instinto, buscar una fuente de calor. Se dispone a salir de la habitación, pero antes de hacerlo escucha rugir su estómago. Se acerca al depósito de barras de sustancia, saca un trozo de cada color diferente, formando entre los cuatros fragmentos una barra completa, se las echa a la boca rápidamente y sale de la habitación.

El dolor se hace sostenible casi al instante, pero sigue sintiendo frío, un frío casi sobrenatural. Recorre los pasillos lentamente, un poco más calmado, con el estómago callado, entonces ve uno de los pilares bañado por el brillo del sol. Recuerda de golpe la calma que le produce el contacto con el calor amarillo, se acerca al pilar y se deja caer en el suelo.

Pasan cinco minutos y se siente mejor. Su mente se llena de preguntas sobre la visión del día anterior.

La cercanía del Demonio. Su indumentaria, su vestimenta y su presencia se le antojan de pesadilla, pero lo intriga... Sabe que es peligroso perseguir a los Demonios, pero la curiosidad lo carcome. Lo piensa detenidamente. Piensa en los tubos de drenado, en el contenido que el Demonio no consume. Piensa en el pequeño artefacto. Se hace una leve idea de lo que puede significar... pero la idea es demasiado leve.

Necesita más información.

Y ahora que posee comida a su disposición, piensa en qué hacer con la vida resuelta. Puede sonar apresurado, pero teniendo comida, lo demás es solo un trámite; se vive para conseguir comida y escapar de los Demonios. Se sobrevive, eso es todo. Mas él tiene la ecuación resuelta. No tiene que preocuparse por la comida, y no quiere escapar de los Demonios, sino perseguirlos. Por un momento se siente excepcional, entonces recuerda que es un cobarde, recuerda asesinar a su compañera

para mantenerse con vida...

¡Esa es la ley! Sobrevive el más fuerte... o el más astuto...

Se queda sentado por varias horas, meditando para sus adentros, intentando encontrar su inocencia donde no existe, una verdad contradictoria desde que el mundo no conoce de leyes, ni de crímenes, solo de supervivencia.

Toma una determinación. Buscar a los Demonios que la tomaron y matarlos. Pero es estúpido. Él no tiene armas, ni grandes habilidades, es solo otro sobreviviente.

Pero la idea se instala en un recodo de su mente, se sienta en él y no parece querer irse. Decide lo estúpido. Jugar a la persecución con los Demonios, tentar a la suerte. Aun bañado de luz de sol articula los principios de su plan: perseguirlos, encontrarlos, no dejarse ver, no dejarse drenar. Lo demás es mero trámite; no es una persona que piense mucho las cosas.

Se pone de pie lentamente, con las piernas dormidas quemándose con aquel típico cosquilleo risueño. Vuelve a la habitación de las barras y busca con calma algo que usar como arma. Da vuelta cada una de las cajas, llenas de papeles escritos que podría leer si tan solo supiera hacerlo. Encuentra cajas con tornillos, con extrañas tabletas de diferentes colores casi metálicas al tacto. Sigue buscando, hasta encontrar bajo una consola un trozo de fierro bastante contundente, al parecer una llave para tuercas. Golpea con la llave uno de los muros, y descubre su potencial al dejar un inmenso agujero en el concreto.

Por algo tiene que partir.

Sale del edificio, camina con cautela.

No hay Demonios a la vista.

Las calles están desiertas, y piensa en la decadencia de la ciudad. Probablemente quedan pocos humanos vivos; lo que lo vuelve un blanco valioso; lo que promete la aparición de un demonio, solo debe esperar.

Camina entre los edificios, y se esconde entre una estructura en ruinas (como la mayoría de las construcciones).

Aferra con fuerza la biga metálica que es su arma. Pasan las horas, y el frío lo inunda, decide salir de su escondite. Pero al ponerse de pie escucha el tip tip de los pasos metálicos. Vuelve a esconderse, preparando su

arma.

El Demonio pasa cerca de la estructura, pero el extraño sonido, ese biiipbiiip comienza a sonar de repente. El rostro del demonio está cubierto por aquella extraña máscara. El sobreviviente se acerca lentamente; el Demonio revisa el artefacto que sigue sonando, le da unos golpecitos y se para en seco. El Demonio ve la sombra del cazador, voltea rápidamente y lanza un puñetazo, el cazador lo esquiva por poco y pierde el equilibrio; va a dar con el muro de la estructura.

Biiipbiiip kjjjj kjjjj.

El último sonido es nuevo. El Demonio mira de reojo el artefacto, extrae una cuchilla de un bolsillo y lanza una estocada. El sobreviviente lo esquiva nuevamente, y el siguiente, y el siguiente. Recuerda la biga de acero en su mano y lanza un golpe en dirección a la cuchilla, el Demonio lo esquiva, lanza un puñetazo que da en el rostro del cazador.

La adrenalina comienza a fluir por su cuerpo, en especial sus piernas y sus manos. Sigue lanzando golpes aleatorios, pero su cuerpo empieza a arder. Mientras su nerviosismo crece, el ardor también lo hace, pero sigue peleando. Pelea hasta que una rodilla se clava en su estómago.

Cae al suelo sin distinguir bien el dolor a causa del ardor que lo domina. El Demonio saca la Drenadora de entre los recipientes de su espalda, pero el sobreviviente aún tiene la biga en su mano entumecida. Lanza un golpe al aire, da contra la rodilla del Demonio, que cae al suelo gritando de dolor. Sigue dando golpes al aire, golpea un brazo del Demonio, golpea su hombro, golpea su cabeza.

El cazador respira agitadamente, el ardor comienza a pasar. Intenta ponerse de pie, lo logra. Intenta dar un paso, y el mundo le da vueltas. Cae nuevamente al suelo. Las piernas no le responden. Siente que están hechas de acero.

Entonces siente más pasos levemente en la lejanía. Tip Tip... otro Demonio se acerca...

La adrenalina vuelve, pero ignora el ardor. Se arrastra lo más rápido que puede hasta esconderse tras la estructura. Los pasos se acercan. El nuevo Demonio llega a los pies de su compañero.

Un Biiipbiiip doble.

Ambos cacharros suenan al unísono.

El demonio se inca ante su compañero, lo mueve agresivamente, acerca el oído a su hombro, se pone de pie. Voltea el cuerpo, empieza a desatar

las correas de su compañero, extrae los tanques, los deja a un lado.

Biiipbiiip doble.

Toma el dispositivo de su compañero, presiona algo, deja de sonar, lo guarda en su bolsillo. Extrae su Drenadora, la acerca a su compañero, aprieta el gatillo, su compañero despierta.

Los gritos son horribles, el Demonio se mueve espasmódicamente. Se detienen los gritos y el movimiento. El cuerpo se deforma y reduce a gran velocidad. Retira la Drenadora. La ropa solo alberga huesos y pellejo. Vierte el contenido en uno de sus tanques, se acerca a los tanques sin dueño, abre una escotilla y con la Drenadora vacía el contenido, luego lo traspasa a su segundo tanque.

Biiipbiiip.

Saca el cachivache de su bolsillo, lo golpea un poco y se da la vuelta.

El segundo Demonio se va.

Capítulo 6

V

Está de vuelta en la Guarida, apoyado contra un pilar.

Observa ensimismado los artefactos frente a sí. Ya no tienen un dueño, así que no es un robo. Los escalofríos lo recorren una y otra vez. No lo entiende ¿Los Demonios no son compañeros entre sí? ¿Trabajan separados? ¿Cualquiera es una presa potencial?

Se prueba la indumentaria, se mira en un cristal opaco. Siente una enorme repulsión por su reflejo, también siente miedo. Saca la Drenadora de su seguro y la observa minuciosamente. Presiona el gatillo; un líquido de mal olor sale disparado y cae sobre la cerámica del piso. El líquido desprende un leve vapor, que desaparece al instante.

El hedor le provoca arcadas, pero se abstiene de vomitar. Abandona la habitación y la cierra con pestillo.

Se quita el traje y lo deja a un lado. Lo invade el hambre, va hasta la sala de las sustancias.

Vuelve comiendo lentamente una barra, observa los artefactos; las manchas de la ropa, las roturas de la máscara, el óxido de la estructura que soporta los tanques... los tanques...

Se acerca a los tanques, abre la escotilla de uno: el hedor es aún más fuerte. No logra contener las arcadas; vomita la comida recién ingerida.

Se lleva los tanques fuera de su escondite y derrama el poco pero espeso líquido en el asfalto. No puede soportar el olor. Busca otro lugar donde botar el líquido, lejos de su Guarida. Llega a un sitio eriazo; solo tierra y hierba muerta. Descarga la sustancia conteniendo la respiración, luego se marcha.

Capítulo 7

VI

Nada tiene sentido, piensa mientras come una barra, sentado al sol apoyado en un pilar de la fábrica para combatir el frío ya frecuente en su día a día. Mira el traje y el miedo vuelve, también la ira. Una ira sin razón aparente, más bien producto de una suma de factores ya inseparables. Se pone de pie y se acerca al uniforme, toma la máscara y se la pone; el mundo se ve extraño en tonalidades aún más grises.

De pronto siente un mareo, seguido de una debilidad abismal que amenaza con derribarlo. Intenta luchar contra la falta de energía, mientras cada uno de sus huesos pasa del calor extremo al frío absoluto, hasta que ya no logra distinguir la diferencia. La debilidad se vuelve dolorosa, y sus piernas no responden. Cae, y todo vuelve a negro.

Pero no el negro de la nada, sino el de los recuerdos, que desfilan por su mente en un mosaico caótico y sin fin. Luego son imágenes irreales, una especie de idea que maquina su inconsciente, un plan macabro pero realizable en el que ve muchas espaldas y pechos, junto a muchas agujas que se clavan, luego gritos, y la agonía del Drenado, todo visto desde sus ojos. Son sus manos las que blanden el Drenador.

Lo recorre una inmensa sensación de poder, una fiebre roja en que cada uno de sus pecados se lavan, ensuciándose de nuevos males. Males nuevos pero vivibles.

Entonces se despierta, aquella última parte no le satisface. Entiende que no quiere seguir viviendo esa existencia si aquello significa ser el último maldito. Se pone de pie trabajosamente y se quita la máscara, mira a lo lejos el Drenador. Lo toma entre sus manos y la sensación de poder vuelve, a la vez que el vértigo y el miedo le indican que debe parar.

No los obedece.

Se viste con el disfraz de Demonio, pone los artilugios en su lugar y sale, listo para Drenar. Abandona la fábrica, camina unas cuantas calles, dobla una esquina y el miedo vuelve. Tiene la sensación de haber visto una silueta en la distancia. La adrenalina fluye dolorosamente y nubla su mente. Vuelve corriendo a su escondite, donde se quita el disfraz, tirando las prendas por todas partes.

Capítulo 8

VII

Se siente defraudado de sí mismo. Débil. Inservible. Maldito.

La ración diaria de barras va disminuyendo, pues su apetito ya no es el mismo. Está sentado sobre uno de los pilares de la fábrica, mastica lentamente, mientras piensa en una forma de eliminar el miedo.

Biiip Biiip

El extraño aparato suena a intervalos regulares, se acerca al uniforme esparcido por el piso, busca el dispositivo, lo sostiene en su mano.

Biiip Biiip

Recuerda el sonido, recuerda el motivo de la alarma, que indica que un humano anda cerca. Pero se extraña, pues en su presencia aquel dispositivo y el otro no rugen. Llega a la conclusión de que al llevar puesto el traje, el aparato lo reconoce como su dueño, ya que los Demonios también son humanos.

Biiip Biiip

Se viste rápidamente, sale al encuentro de la presa. Presiona un botón y el aparato deja de sonar. Se acerca cuidadosamente, evitando ser descubierto. Sigue a la mujer durante varias cuerdas, mientras el corazón le palpita acelerado.

De pronto la mujer se detiene. Es una estatua a cuatro metros de distancia. Se acerca un poco.

Sale de su escondite y prepara la Drenadora. Tres metros.

Se acerca sigiloso. Dos metros.

Biiip Biiip

El sonido viene de lejos, la mujer voltea y lo ve. De un momento a otro, se queda en blanco.

No sabe qué debe hacer.

Los pasos metálicos se acercan impunes.

Biiip Biiip

Un poco más cerca.

Entonces decide huir. Vuelve a su escondite y espera a la aparición del Demonio, que ve a la mujer y se lanza a la cacería. Una cacería donde la presa no ejerce resistencia.

El demonio se lleva el trofeo, y la ira vuelve, pero la supera el miedo. Se deja caer sobre el muro de su escondite, escuchando al Demonio terminar el trabajo. Nuevamente los pasos se alejan, y ya no suena ninguna alarma. Se pone en pie y camina. Camina sin rumbo: no quiere volver a su Guarida.

A pesar de caminar sin dirección aparente, lo hace alerta, pues la costumbre lo lleva a escabullirse de los Demonios en la medida de lo posible. Para frente a una vitrina de vidrio destrozado, mira su reflejo en un trozo de cristal y por un momento se asusta.

Sus ojos le muestran un Demonio, y la adrenalina sube momentáneamente, hasta que entiende que solo se trata de sí mismo. El disfraz lo hace sentir extraño, le da una identidad.

El Maldito...

Biiip Biiip. Biiip Biiip.

Mira en todas direcciones, alarmado. Escucha pasos acelerados, no solo metálicos; pasos livianos pero desesperados. Ve una sombra acercarse por una esquina. Se esconde dentro del edificio de la vitrina rota, escucha un golpe sordo, algo choca contra un muro, produciendo un sonido más grave pero mudo también. Se asoma con cautela, un llanto llena la atmosfera. Es una voz aguda y quebrada. Una niña pequeña de miembros raquíticos, ropa escasa, cabello claro y opaco descansa dolorida sobre la pared. Tras de sí hay un rastro de sangre.

El Demonio toma el cabello de la niña. El llanto se vuelve insoportable, pero un puñetazo en su estómago lo detiene, robando el aire de sus pulmones. La niña se retuerce, las lágrimas caen al suelo.

—No malgastes tus recursos, pequeña puta. — Una patada en la cara libera un sonido roto, la niña queda semiinconsciente. — Solo un poco más putita, no te preocupes. — La voz es extraña, como si se mezclara con varias voces diferentes. El Demonio prepara la drenadora, le da la espalda al Maldito.

Un pensamiento hace click en su cabeza. Por primera vez la ira sobrepasa

al miedo.

Sale silenciosamente de su escondite, avanza precavido hacia la espalda del Demonio. Las imágenes del sueño vuelven a su mente.

Muchas espaldas, agujas y pinchazos. Ahora lo entiende.

Los gritos típicos del drenado ensordecen al Demonio, que no alcanza a reaccionar ante el ataque. Un nuevo grito nace; una cacofonía de voces que se derrumban tras unos segundos. El Demonio se retuerce, mientras a unos pocos centímetros, su drenadora alcanza la mitad de su capacidad y deja de absorber.

La Drenadora del Maldito se llena. La ira crece tanto, que en algún momento se pierde, se transforma en poder... lo recorre una inmensa sensación de poder.

Ahora conoce la respuesta.

Capítulo 9

VIII

El Maldito toma las Drenadoras, busca un trozo de tierra que pueda absorber el fétido líquido y lo derrama. Vuelve rápidamente hasta los cuerpos inertes, desviste al Demonio y roba su indumentaria.

Ya no las necesitas. Dice en su mente.

Vuelve a su guarida, donde ordena y pone en línea los dos trajes que posee. Ahora entiende lo que debe hacer, pues su cobardía le impide luchar de frente... ahora es un asesino, un Demonio... un Maldito.

Capítulo 10

IX

Un Demonio desfila en busca de una víctima guiado por la molesta alarma; un hombre macizo, extraño en aquel mundo decadente. Su guía es el silencio, la no existencia. Persigue a su víctima guardando la distancia, escondiendo los agarres metálicos de sus botas, hasta que la presa cruza una entrada sin puerta. Lleva algo bajo sus brazos, ruidosos paquetes de apariencia plástica con diferentes rotulados.

Comida... dos pájaros de un tiro. Piensa el Demonio.

Se acerca lentamente hasta cruzar el umbral, sumiéndose en una oscuridad endeble pero abrazadora. Una luz se enciende de pronto. La máscara del Demonio ilumina la estancia emitiendo destellos... no hay nadie a la vista, ni siquiera el hombre macizo.

Se adentra guardando la alerta, saca de entre sus ropas un arma eléctrica, la acciona brevemente y una tenue y violenta luz nace para morir al instante. Líneas de luz. Siente unos livianos pasos en la cercanía, pero no puede ver su fuente, da un giro distendido sobre sí mismo y ve la silueta del hombre macizo alejándose. Lo sigue como el predador que es, cruza un nuevo umbral y una cegadora luz se enciende en la pequeña habitación. El hombre macizo no está solo; son cuatro hombres y una mujer, armados con piedras, trozos de vidrio y vigas metálicas. El Demonio apunta y dispara su arma en dirección a la mujer, el proyectil cableado la alcanza y cae entre convulsiones, retrae el proyectil mientras los cuatro hombres se abalanzan sobre él, dispara el arma una vez más con un extraño movimiento de muñeca, haciendo girar el proyectil cableado, rodeando a dos de los hombres. Caen al piso. Deja caer el arma y levanta un brazo para protegerse de una viga mientras prepara una patada, el hombre cae, pero una enorme roca golpea sus costillas, el Demonio cae, el hombre con la roca se acerca; el de la viga se pone de pie. Se acercan al cazador, que gime mientras se tapa las costillas. Los hombres llegan hasta los pies de la bestia, preparan su ataque, y caen electrocutados. El Demonio se pone de pie a base de adrenalina. Los proyectiles cableados se retraen hacia afuera de la habitación, y un tercero lo golpea un segundo después.

Los cinco humanos y el Demonio yacen inconscientes en el piso de la estancia. Un nuevo Demonio entra, se acerca hasta su par y lo voltea, dejándolo de espaldas hacia el techo, roba sus drenadoras y se dirige hacia las víctimas, drena a tres usando los tanques del Demonio caído, se acerca a éste y lo drena usando una de las suyas. Deja las tres herramientas juntas y se dirige a drenar al cuarto humano. Los gritos del proceso despiertan a la mujer del grupo. Saca una nueva arma eléctrica y

la dispara. La mujer vuelve al piso, consciente aún.

Nuevos gritos de dolor llenan de ecos la estancia. El Maldito se prepara para partir.

La estrategia se repite una y otra vez, pues la cobardía del Maldito le impide luchar frente a frente al igual que los ataques de adrenalina. Su cuerpo se vuelve fibroso y seco con el paso de los días, mientras el frío y los delirios aumentan.

Capítulo 11

X

Su guarida esconde cerca de treinta trajes y sus respectivas indumentarias. Las barras de sustancia ya no son un alimento necesario, pues sin darse cuenta las come producto de la inercia y la costumbre. Ya no duda, endurecidos sus pensamientos y su elección. Está convencido de su labor: eliminar a los Demonios y también a los humanos. Pero su estrategia disminuye en eficacia progresivamente, cual si los Demonios se estuviesen informando entre ellos sobre la presencia de un Caído, ganando algunos cardenales en el proceso. Nada profundo. Se mira en una de las máscaras y se ve a sí mismo pálido, con un tono casi gris en la piel, los ojos hundidos y los músculos tensos y nudosos. Muchos de los aparatos de alarma y las armas de electricidad ya no funcionan, apartando los trastos en una de las cajas vacías de alimento.

El calor lo calma. Termina por hacer de uno de los pocos pilares que reciben la luz solar todo el día su hogar, entendiendo como este el lugar donde dormir, pensar y relajarse. En su cuerpo pesan las vidas de más de setenta personas, y planea aumentar esa carga.

Kjjjj Kjjjj Kjjjjjj

La duración de aquel sonido es nueva. Al igual que las palabras que le siguen:

—A todos los cazadores, se les llama a reunión.

El comunicado se repite varias veces, tan ruidosamente que decide apagar más de la mitad de los aparatos de alarma.

Kjjjj Kjjjj Kjjjjjj

— La reunión es en Central.

No tiene idea de qué es Central, pero sabe que la respuesta está a una sola muerte de distancia.

Kjjjj kjjjj kjjjjjj

—Las operaciones deben interrumpirse de inmediato y hasta nuevo aviso.

Kjjjj kjjjj kjjjjjj

—Tienen dos horas para llegar. Los primeros ganan inmediatamente un bono extra por la puntualidad al depositar las ganancias.

El mensaje se repite una vez más y las alarmas dejan de sonar. Dos horas son más que suficientes. Termina de comer la barra y se prepara para la cacería, toma un traje y lo viste, pone a punto la indumentaria y siente el vacío, luego viene la ira, y luego la calma.

Sale de su guarida y empieza la cacería. Ya sabe cómo poner la alarma en silencio, de manera que esta emite un movimiento compulsivo y repetitivo en vez de una alerta sonora; mucho más práctico y silencioso. Camina a paso rápido por variar calles, buscando, esperando... Lleva una pistola eléctrica en su mano como precaución y en la espalda un tanque lleno del pestilente líquido de fruta humana. Un sonido lo alarma, viene de muy cerca. Son voces distorsionadas que se acercan desde atrás.

—¿Sólo un tanque?

—Lo mismo que yo seguramente: ¿Jodido por la campana?

—Una lástima, si la maquinaria no tuviese esos malditos ordenadores ahora tendría una carga completa...

—Pero el premio sigue en pie... – Los dos Demonios observan al impostor.

—¡Hey! ¿No hablas?

Pero él no responde.

—Debe ser uno de esos Traumados.

—Sí, muchos parten de esa manera... Probablemente un niño pequeño.

Los hombres siguen caminando, mientras el falso Demonio se queda atrás, captando las implicancias de la escena. No hay peligro.

—¿No vienes? - El aludido comienza a caminar.

Los Demonios hablan entre sí, mientras el Maldito se limita a seguirles el paso. Vistos desde esa distancia, los hombres de botas metálicas parecen solo eso: hombres. Humanos como todos los demás. Y la pregunta sigue ahí.

¿Por qué lo hacen?

Avanzan rápidamente, impulsados por la recompensa prometida a los puntuales. Hay un pago de por medio, prometido por la voz en el mensaje... las conjeturas llegan a su cabeza, pero se quedan en eso mientras sigue amasando su ira, enfriándola para usarla, pues no importa cuál es la respuesta, no concibe nada más que algo nefasto, algo digno de Demonios. Las calles desfilan en dirección a un gran edificio aún en pie, lo suficientemente alejado para justificar su poca curiosidad; alejarse significa estar lejos del escondite, alejarse significa morir, eso es algo que todo humano sabe en aquel mundo.

Llegan a los pies del edificio, donde extrañas ventanas negras se llenan de luz apenas se detienen. La misma voz del comunicado les habla, y el sonido parece venir de las ventanas.

—Hagan ingreso por la puerta delantera, diríjense hasta el elevador y esperen hasta que llegue.

Ingresan en el edificio, cuyo interior está totalmente muerto. Hay una mesa destruida a diez metros de la puerta, detrás de la cual hay una silla tirada. Siguen caminando, los Demonios doblan hacia la izquierda, evidenciando la costumbre. Llegan hasta un corredor donde no hay nada, salvo un gran trozo de metal insertado a la pared de la derecha. Se paran frente a éste, mientras el Maldito logra distinguir una luz roja que va cambiando de lugar en la parte superior de la estructura metálica, viajando desde la derecha hacia el centro.

La estructura se abre a la mitad, sorprendiendo brevemente al Maldito, que se superpone al asombro rápidamente. Los hombres atraviesan la estructura. El impostor los sigue. Sus músculos se tensan momentáneamente al verse rodeado de cientos de Demonios, pero comprende que son solo reflejos al seguir los movimientos de los espejos. Ver tantas proyecciones de sí mismo lo aterra.

La puerta de la cámara se cierra, y el piso se mueve, dando la sensación de que están cayendo. Dentro del lugar también hay una luz roja, casi llegando al techo. La luz viaja desde el centro hacia la izquierda, llega hasta el extremo y el piso deja de moverse bruscamente. La cámara se abre una vez más y los hombres bajan.

El lugar donde se encuentran es tétrico, iluminado por una tenue luz mortecina y con un terrible olor a encierro. Los tres hombres siguen caminando, doblan un pasillo, bajan una escalera, paran ante un portal y se quedan de pie. El portal está cubierto totalmente por una luz roja, se encienden luces más claras por todo el lugar. Sobre el portal hay un

Símbolo que brilla.

3

Los Demonios atraviesan el portal, ingresando a una cámara más ancha que la anterior, iluminada por una luz blanca y casi cegadora, donde dos Demonios descansan sobre las paredes. La misma voz del mensaje habla desde algún lugar insondable.

—Diríjense hacia el Acumulador.

Uno de los hombres camina hasta la pared del fondo, saca de su espalda uno de los tubos cargados de pulpa humana y el muro se mueve, se abre un rectángulo en el centro. Se puede ver un extraño mecanismo, compuesto por pequeños trozos de cristal brillante, una serie de rendijas, minúsculos agujeros rodeados de luz y un cuadrado compuesto por más y diminutos cuadrados. Prepara la aguja, la acerca a uno de los agujeros y presiona el gatillo en eyectar. El líquido es drenado. Los rectángulos de cristal se llenan de símbolos.

30 Lts

Quita el segundo tubo de su espalda y repite el proceso.

7 Lts

Otro minúsculo trozo de vidrio se ilumina, la voz habla.

—Bonificación: 20 Lts, retire su recaudación. – el enmascarado abre una pequeña puerta, invisible a primera vista y extrae dos coloridas bolsas que crujen y un recipiente tubular y alargado que parece contener algo líquido, retira todos los alimentos, quita desesperadamente el sello del tubo, se bebe su contenido y sigue con las bolsas de sonido crujiente.

El proceso se repite con todos los Demonios.

Algo sucede dentro del Maldito. Lo invade una ira ciega al conocer la verdad.

Esto significa realmente el código... comer... ¡Todo esto es por comida real!

Entiende que la pulpa humana no es el verdadero alimento que persiguen los Demonios. Es algo mucho más mezquino. Comida procesada. Comida real; no restos putrefactos; no ratas; no animales desnutridos y moribundos; no carne de cadáveres...

Toda la violencia cobra sentido, con el nombre de un pecado que ya nadie recuerda. Por un momento lo entiende, entiende la dulzura de esos olores, el crujir de los alimentos, la textura... Pero no lo acepta...

La voz anuncia su turno. El impostor avanza hacia la estructura en la pared, deposita el contenido de uno de sus drenadores y espera. Los números aparecen.

41 Lts

Quita la aguja y se queda parado. La voz pide que introduzca la segunda aguja, pero no lo hace. Sostiene con fuerza el drenador vacío y sin aviso, lo clava en uno de los Demonios que descansan en el piso. Empiezan los gritos, mientras los otros enmascarados miran atónitos.

Pasan breves y tensos segundos. Uno de los hombres se lanza al ataque, el Maldito lo esquiva, se quita el segundo drenador y aprieta el gatillo en posición de eyectar. El fétido líquido cae en el rostro del Demonio, que grita de dolor y cae al suelo, deja caer el drenador y saca dos armas eléctricas de entre su ropa. Dispara dos descargas a dos demonios. Sólo queda uno.

El enmascarado se lanza al ataque sacando una cuchilla; la blande contra el Impositor cortando su brazo izquierdo. Pero la ira es mucha, el Maldito ignora el golpe y lanza un puñetazo directo al rostro del Demonio que cae desplomado. Se acerca al caído y lo pateo en la cara, con la suficiente fuerza para doblar su cráneo hacia atrás.

Busca en el suelo los drenadores, los toma, drena los cuerpos, llenando la cámara de gritos. Se hace el silencio.

—¿Qué hace?! - la voz suena angustiada. —infringe el código...

Un molesto ruido inunda el lugar: un ruido agudo que aumenta y luego disminuye repetidamente. Se sienten pasos apresurados acercándose. El impostor toma un drenador y lo dirige hacia los pasos. La pared a su izquierda se abre y sin siquiera pensarlo, dispara el líquido hacia la abertura. Un grupo de hombres grita frenéticamente. Se aproxima otro grupo. Drena dos cuerpos y avanza por el pasadizo. Repite el proceso, una, dos, tres, cuatro veces. El molesto sonido sigue taladrando sus oídos.

Camina por el pasadizo, se encuentra con otro grupo, lanza el líquido, drena los cuerpos. Llego al fin del pasillo, donde se divide en dos caminos.

Derecha

Izquierda

Hay una puerta al medio. Avanza hasta la puerta y la bota con una patada. La habitación está oscura, iluminada por débiles luces que vienen de muchos cristales luminosos que proyectan imágenes. Un hombre observa las pantallas sentado en una silla. Voltea asustado y cae al suelo.

— ¿Quién eres? —Es la misma voz de los mensajes en el aire y en los dispositivos. — No eres un Recolector...

El Maldito se acerca al hombre, prepara el drenador.

— ¿Qué quieres? — el terror inunda la voz y el rostro del hombre. — ¿Quieres comida? ¡Puedo darte toda la que quieras! — El impostor deja salir parte del líquido del tubo en dirección a la pierna del hombre, que grita mientras la fétida pulpa carcome su calzado, su piel y su carne.

—Respuestas... — La voz distorsionada suena por primera vez.

—No puedo decirte nada, soy hombre muerto de todos modos... — El Maldito deja salir un poco más de líquido, esta vez hacia la mano del hombre, que evade la sustancia.

—La verdad...

Capítulo 12

XI

—¿De qué verdad me estás hablando?

El impostor se limita a apuntar el casco y la máscara, luego la drenadora.

—¿Los Recolectores?

—Demonios. – El Informante tarda un momento en comprender. El Maldito se pone en cuclillas.

—El código de los Demonios... Te refieres al código de los Recolectores. Ustedes les llaman Demonios, eso lo sé...

El enmascarado aprieta el gatillo, dejando salir tan solo una gota de líquido.

—¡De acuerdo!

Se queda en silencio un minuto, hasta que logra ordenar la información.

—Los Demonios siguen un código mucho más estricto del que conocen ustedes. No se limita a Atrapar, Drenar, Comer. El código dicta muchas cosas: no se pueden traicionar entre sí, nunca deben revelar información sobre... - La aguja de nuevo. — Sobre Arca. – Siente la gota deshacer su ropa. — Arca es quién comanda a los Demonios. Arca es una organización de millonarios – El Maldito no entiende qué significa eso. — que usa su dinero para crear una reserva subterránea donde refugiarse del fin. – El hombre siente el aguijón en su pecho — La guerra. La Guerra Universal es la causante del mundo como lo conocemos. El Arca tiene toda la comida que queda, se la dan a los Demonios a cambio del concentrado de nutrientes, lo que tienes en tu drenadora. Ellos no comen, usan el concentrado de nutrientes para no depender de la comida sintetizando barras nutritivas. No comen nada más que eso.

El Maldito guarda silencio. El hombre vuelve a hablar sin que el Impostor de la orden.

—La idea de Arca es reconstruir la tierra partiendo desde su refugio, volverla fértil y llenar de vegetación, para volver a habitarla. Pero el resto de la humanidad no está invitada al Reinicio. Para eso están los Demonios: ellos eliminan a los humanos no deseados y a cambio obtienen comida. Pero los humanos no son infinitos, y si no hay humanos, no hay

comida, entonces viene otra guerra... Auto destrucción... Ese es el plan.

>>Se acaban los humanos; se acaban los Demonios; el camino queda libre... El mundo le pertenece a Arca.

El Impostor se para en seco. La ira lo inunda. Llega a borbotones. Toma al Informante de su ropa y lo levanta. El hombre grita de dolor por su pie mutilado. El Maldito lo tira de la ropa y lo obliga a caminar.

Caminan hacia la izquierda por un pasillo débilmente iluminado, el Informante cojea soportando a penas el dolor, mientras la aguja del drenador se mantiene a diez centímetros de su espalda baja. El Impostor clava la aguja de forma leve en la espalda del Informante.

—¿Dónde quieres ir?

—Arca...

El informante está asustado, centrado solo por la aguja en su espalda. El silencio del Maldito lo desconcierta; dos palabras... nada más...

Se mueven entre los molestos y agudos ruidos que el hombre llama alarmas de seguridad, escondiéndose de vez en cuando, cruzando puertas, bajando escaleras.

—No importa el resultado... soy hombre muerto, ¿verdad?

—Asentimiento con la cabeza. — el lugar al que vamos ahora es totalmente diferente a lo que conoces... puede que algunas cosas no te agraden... — El punzar de la aguja. — Yo soy solo un empleado, gozo levemente de los beneficios del Arca...

Silencio.

Siguen bajando, hasta que el aire se vuelve espeso y putrefacto.

—Estamos en las cámaras de ventilación... por eso huele así, Arca es un refugio subterráneo que funciona con un generador experimental... una vez adentro... no puedes salir.

El hombre para en seco, mareado por el dolor, aunque no hay hemorragia. Levanta una cubierta de una muralla y un pequeño cristal brillante dibuja símbolos. Presiona la palma de su mano contra el cristal y mira brevemente hacía arriba. Una gran puerta se abre frente a ellos.

Capítulo 13

EL ÚLTIMO GRITO DE ODIO

XII

Una luz parecida a la del sol ilumina el lugar, cegándolo momentáneamente. El informante intenta escapar, pero su pie se lo impide, cayendo de bruces al piso lleno de verde...

El Maldito cruza la puerta mientras los colores van volviendo, mira al Informante y tras un momento de contemplación, clava la aguja en su cuerpo. Empiezan los gritos. Empieza el drenado, que se detiene a la mitad; el tanque está lleno.

El mundo a su alrededor es verde, el aire se siente limpio y no reina el silencio. Camina por una larga extensión de verde en dirección al ruido. Una ciudad mediana aparece en su camino, similar a aquella donde él habita, con la sola diferencia de que ésta está viva. Se pueden ver personas por las calles, lo que desconcierta al Maldito. Sin embargo, sus pieles son blancas, casi enfermas, sus cabellos llenos de brillo y sus semblantes animados.

Entra en la ciudad desde una ladera y camina por la acera, donde la gente transita en calma, sin esconderse de nada ni nadie... pero algo no está bien.

La gente se asusta, pero no se alejan; hay curiosidad en sus miradas.

—Es un Recolector.

—Nunca entran... — una joven se detiene a escasos metros del intruso.

El mismo ruido agudo y molesto del edificio empieza a llenar el aire y la gente se mira entre sí. De pronto un dolor nace en el brazo derecho del Maldito, como un mordisco. Las personas corren despavoridas, mientras el Impostor siente un nuevo mordisco en su pierna derecha. Su pierna se tambalea y falla. Pero no alcanza a caer.

—¡Alto ahí! — la voz viene desde atrás. El hombre mira sobre su hombro y todo cobra sentido. Está rodeado de hombres en extrañas ropas negras que lo apuntan con armas parecidas a las eléctricas que él conoce. — Debes abandonar Arca, este no es tu lugar. Te estamos dando una oportunidad...

La ira y la confusión nublan su mente; si no tiene dónde correr, debe hacerse camino a la fuerza. La mujer frente a él está petrificada, toda

nudos y miedo, se acerca rápidamente a ella, saca la drenadora y clava la aguja en el pecho de la adolescente.

—¡Abran fuego!

El tubo está lleno, voltea y expulsa el líquido en dirección al escuadrón. Pero nada pasa. Las armas expulsan invisibles proyectiles. Pequeños trozos de dolor se adhieren a su cuerpo, mas, la ira aminora sus sentidos. Corre hacia los hombres mientras su cuerpo se llena de mordiscos y clava el drenador en el cuello de uno. Empiezan los gritos, se detienen, el proceso se repite varias veces, y el camino no aparece. Uno de los hombres esquiva la aguja y lanza un puñetazo, el Maldito retrocede, al tiempo que el uniformado cubre su puño sangrante con el puño intacto. Vuelve a la carga, prepara la drenadora y la clava en el cuello del uniformado herido.

Entonces llega el puño de piedra.

Un dolor indescriptible anida en el abdomen del infiltrado, cual si el golpe de una roca del tamaño de un puño grande destruyera su estómago. Sale despedido hacia atrás, varios metros. Los hombres armados se acercan al cuerpo quejumbroso que intenta levantarse con dificultad. La adrenalina ya no fluye, no siente sus estragos, ni en sus piernas ni en su cerebro. En su lugar se asienta un molesto cosquilleo en su interior, que va drenando rápidamente el dolor, transformándolo en ira... ira pura, cada vez más decantada.

Se pone de pie gruñendo por la dificultad, pero a penas lo logra arremete contra los sobrevivientes del escuadrón a gran velocidad, embistiendo a todos para hacerse camino, y cuando llega a la última línea de formación, lanza un puñetazo a la última barrera, destrozando su rostro en el acto.

Sigue corriendo, mientras siente que su cuerpo se vacía y su mente languidece... y aun así no se detiene.

Corre hasta encontrar el cadáver del informante, pero la puerta está cerrada. La desesperación lo inunda, buscando a toda marcha en su cabeza la manera de escapar. Entonces recuerda el extraño cristal brillante en la pared. Busca la carcasa en la pared, tanteando con desesperación hasta que la encuentra, la levanta y ahí está el brillo y los ininteligibles símbolos. Toma el cadáver del informante y levanta su brazo hacia el cristal, encajando su palma abierta en él.

La puerta se abre.

Corre por los pasillos, consciente del hecho de que está perdido, mas no se rinde, sigue corriendo, dejando tras de sí una estela de un rojo muerto,

casi negro. En ese momento escucha los pasos. Voces distorsionadas se acercan en varias direcciones. Intenta abrir una puerta frente a sí, no puede: está cerrada. Toma distancia, se impulsa y la bota con el hombro, que de inmediato comienza a arder. Los pasos se acercan, mencionando el ruido de la puerta al caer.

Intenta esconderse en un rincón, pero la habitación es demasiado pequeña. El primer Demonio entra.

—Tengo al impostor, bodega 455, subterráneo 13, ala B. – el Demonio saca su drenadora, el impostor empieza a imitarlo, entonces cambia de planes. Saca el arma eléctrica de entre sus ropas y la dispara contra el Recolector, que detiene el proyectil con su arma, para luego abalanzarse sobre el Maldito, lo golpea en la cabeza con el tubo, luego en el cuello, y cuando cae al piso, presiona el botón de encendido.

La aguja se clava en el pecho del Maldito. Comienzan los gritos.

Capítulo 14

XIII

Pero no el drenado.

El maldito grita asustado, hasta que entiende que el líquido no lo está dañando, toma la aguja con sus manos y la intenta retirar trabajosamente de su pecho, luchando contra el Demonio, que articula pavoridas palabras:

—¿Qué demonios eres?!

Se escuchan pasos por detrás, más demonios entran en la bodega, pero el panorama les heló la sangre. La aguja sigue en el pecho del impostor, mientras las manos de éste estrangulan al Recolector, que emite difuminados ruidos guturales. Los brazos del Demonio caen a un lado, soltando su arma. El Impostor arroja el cadáver a un lado y se quita la aguja del pecho.

Siente el sudor que empapa su cara, impidiéndole ver con claridad, se quita la máscara y sus ojos aterran a los Demonios.

Están inyectados de sangre. Carga sobre los Demonios, golpeándolos brutalmente, sin preocuparse si quiera de evadir las agujas, el líquido cae sobre su uniforme, desintegrando parte de éste, pero no se detiene. Sale de la pequeña habitación y vuelve a correr. Hasta que de pronto, su mente se nubla y sus piernas fallan. Caen de bruces al piso, todo a su alrededor difuso y deformado. Se esfuerza por buscar una puerta, hasta que encuentra una dos metros más allá. Intenta abrirla. Lo logra.

Se esconde dentro y la cierra. Su cuerpo empieza a temblar, y mil imágenes pasan por su mente a una velocidad incalculable. La velocidad aumenta cada vez más, transformando las imágenes en luz, y luego...

Nada.

Capítulo 15

XIV

Despierta cegado por la luz, cae de lado, la luz disminuye. Ve varios pilares en las cercanías, y el sol ilumina la estancia.

Siente el cuerpo pesado, sin energía, intenta ponerse de pie y lo logra, apoyándose en uno de los pilares. Entonces reconoce el lugar: está en su Guarida.

Se dirige a la habitación de las barras, coge la mezcla y se la lleva a la boca. Y come, y come, y come...

La fuerza empieza a volver.

Pero no lo entiende. ¿Un sueño? No puede ser. El dolor es real, la fatiga, la sangre...

Mucha sangre, un rastro largo tras de sí, hasta caer desmayado.

Arca es real, pero faltan piezas en el rompecabezas, lo sabe, de la misma manera que sabe que salir es más peligroso que nunca.

¿Por qué sigue con vida?

Recuerda los mordiscos, los proyectiles clavándose en su cuerpo. Está confundido... Recuerda el drenado, sus gritos, pero sigue con vida. ¿Su cuerpo no puede ser drenado? Las palabras del Demonio.

¡¿Qué demonios eres?!

El miedo se atenúa. ¿Es inmune a los Demonios?... ¿Pero cómo...?

Una extraña certeza aparece en su cabeza; el mapa invisible de un laberinto invisible. Pero conoce el laberinto. La sensación es evanescente, pero su cuerpo la acepta como algo totalmente sólido y real. Y aparece un nuevo tipo de miedo, también invisible. Un miedo angustiante que lo urge a comer barras, muchas barras.

La sensación, que parece ajena a él se va haciendo cada vez más palpable, más aterradora.

La terrible finalidad.

Se siente invadido por la fuerza, una suerte de energía helada que lo desespera; busca el sol. Se deja caer sobre uno de los pilares y mientras

el sol calienta su cuerpo, una terrible angustia lo golpea.

La terrible finalidad.

Y la muerte aparece en su mente como la opción más válida. Sabe que no hay futuro. Sabe que de alguna manera ya está muerto, y que debe desaparecer. Porque se da asco. Porque es el elegido equivocado...

Su cuerpo termina de calentarse, y movido por la insana angustia se pone de pie. Toma uno de los trajes demoniacos y sale de su Guarida. Camina firmemente y sin pensar, pero sabe hacia dónde se dirige.

En el camino se encuentra con varios humanos; los mata sin más y esparce el líquido en la tierra erizada. Lo mismo ocurre con los Demonios, que intentan clavar sus agujas en el cuerpo del Maldito sin éxito para luego ser drenados y esparcidos.

La energía no lo abandona, va aumentando a cada paso que da, junto con la conciencia de una terrible finalidad. Se hace camino rápidamente hasta llegar al edificio de los vidrios rotos. Una vez afuera entra sin esperar la orden de los cristales luminosos ni la de la voz. Hay una nueva voz, esta vez es femenina; le ordena que se detenga, pero no lo hace. Y sigue avanzando. Baja por las extrañas cámaras de espejos, llega a la habitación de Recaudaciones, donde hay tres Demonios comiendo. Las alarmas empiezan a sonar, pero no les queda tiempo. Rápidamente son drenados, pero no esparcidos. Golpea con un puño el muro falso y lo destruye junto con la puerta que hay detrás. Camina a paso largo por el corredor que lleva a la sala del Informante.

Biiiiip, Biiiiip, Biiiiip.

El aparato comunicador empieza a vibrar, luego a hablar.

—Todos los Recolectores deben presentarse ahora en la Central. El Traidor está aquí.

El Impostor bota la puerta con el hombro y observa a la mujer.

—¡Maldición! ¡Son todos unos inútiles! ¡Una semana! ¡¿Una semana y nadie es capaz de asesinarlo?!

No lo entiende... ¿Una semana?

Arranca el brazo derecho de la mujer y luego la drena sin exigir explicaciones, más por la adrenalina que por el poco interés, y sale de la sala en dirección al laberinto, con el mapa invisible en su cabeza... nada

tiene sentido.

Lo recorre corriendo, cruza puertas, baja escaleras, más puertas y finalmente el portal. Busca la carcasa en la pared, la abre, toma el brazo inerte por la muñeca y extiende los dedos, poniendo la palma en el cristal brillante.

La puerta se abre.

Sale corriendo en dirección a la pequeña ciudad, donde lo espera un escuadrón completo de uniformados.

—¡Detente ahí!

Se detiene de golpe. Cubre su cara con sus brazos y llega el primer proyectil. Casi no lo siente. Empieza a avanzar a paso lento. Tiene miedo, pero no siente fluir la adrenalina. Su mente aun visualiza la terrible finalidad. El mapa invisible.

Las leves colisiones siguen llegando, y él está frente a los uniformados. Un brutal puñetazo derriba al más cercano, arranca el arma del cuerpo inerte, y empieza a disparar. Los proyectiles dejan de salir, golpea a un hombre con el arma, luego a otro; bota el arma inútil y recoge otra; golpea a ratos con los puños.

Un inusual dolor se asienta en su cabeza, leve pero amenazante.

El dolor invade sus ojos, deja caer el arma y los tapa con sus manos. El mapa guía su difusa mirada hacia atrás. Los proyectiles se detienen súbitamente, los pocos soldados que quedan están confundidos por la actitud del Intruso, que empieza a caminar a paso rápido en dirección a La Gran Instalación.

—El intruso se dirige hacia LGI, necesitamos refuerzos... casi todos están muertos.

Sigue caminando, empieza a correr. El inmenso edificio se acerca, imponente y totalmente blanco, mientras el dolor en su cabeza se pone de pie, camina hasta su ego y lo golpea de manera brutal. Va a parar al suelo, mientras los pocos supervivientes lo miran revolcarse de dolor.

Sus manos afirman su cabeza, conteniendo la inminente explosión. Intenta ponerse de pie, no lo logra. Queda de rodillas, sujetando su cabeza murmurando palabras que la máscara distorsiona. Se la quita y pone sus manos en su cráneo. Cuerdas invisibles lo levantan del piso, corre.

Ingresa al edificio rompiendo las puertas con sus puños, busca el pasillo, avanza hasta encontrar una sala enorme llena de extrañas estructuras tubulares, paneles con botones, secciones de vidrio transparente donde puede ver la pulpa humana acumulándose. Un grupo de personas vestidas de blanco salen corriendo al verlo en el umbral. Pero no hay donde esconderse.

Mata a cada una de las personas, ensuciando la sala de tonalidades blancas con rojo. Se acerca a la estructura de cristal y la triza con un golpe. Se escuchan pasos en la entrada.

—¡Está intentando destruir el Procesador!

Sigue golpeando, golpeando, golpeando, hasta que el cristal cede. El líquido se desparrama en todas direcciones, cae sobre el Maldito que se encuentra inmóvil. El dolor rebasa todos los límites que conoce, siente arder sus sesos, pero vuelve a la carga. Destruye todo lo que encuentra a su alrededor, pilares, largas extensiones de metal tubular, mesas blancas, extraños trozos lineales de piso que se mueven. Su vista empieza a mancharse con una tonalidad rosada. Todo a su alrededor es muerte y destrucción total, pasa al siguiente lugar.

Empieza a perder lapsos de tiempo en su cabeza, despierta en un lugar lleno de estrechas líneas de piso móvil que transportan bolsas de comida, la destrucción continua, también el dolor. Su vista falla de nuevo.

Aparece en una sala llena de trajes demoniacos. Hay llamas por todos lados. Los uniformados se limitan a mirar el espectáculo sin hacer nada.

—¡Ahora se dirige hacia la Central Energética!, ¡evacuación, repito, evacuación!

Ya no es dueño de su cuerpo. Se mueve sin entender cómo ni por qué. El dolor persiste, creciendo a cada segundo. De pronto se ve ante una enorme máquina que irradia luz, destruye varios paneles con botones, luego el cristal que cubre la máquina. Fugaces y violentos haces de luz salen disparados de la máquina en todas direcciones, al tiempo que el dolor alcanza algo en su interior, obligándolo a comprender sin comprender.

Alcanzar la terrible finalidad implica el fin, y sabe que es el fin.

Su fin.

Pero se rehúsa a aceptarlo, luchando contra el dolor con un alarido. Un grito que llena cada estancia del gran edificio, que llega a los oídos de los uniformados, de las personas, de los Demonios. Un grito desgarrador en

el que la desesperación, la ira y la soledad son palpables. Un grito que se mete en el pecho de los vivos y los llena de pavor. Un grito que es y no es humano.

Es el último grito de odio, su último grito de odio.

El último grito de odio contra el demoniaco ser que es el ser humano.

Capítulo 16

ERASE

XV

La explosión deja solo ruinas, cadáveres y un gran agujero sobre la ciudad subterránea. La luz del sol se abre paso entre la destrucción, iluminando el único cuerpo que queda erguido.

La silueta del Maldito está de rodillas, desnuda e inmóvil. Su piel tiene un tono grisáceo y sus facciones son asexuadas.

Un superviviente sale de entre los restos de una pila de escombros, tiene varios huesos rotos, al menos dos hemorragias y le falta el brazo derecho, pero sus piernas funcionan.

Se pone en pie con dificultad y camina, mirando la desolación que dejó la explosión; su vista se fija en el cuerpo petrificado y se lo queda viendo. Arrastra sus piernas hasta llegar junto al Maldito: su rostro lleva la marca de la muerte. A pesar de que el cuerpo arrodillado no se mueve siente miedo. No entiende por qué sigue vivo.

Extiende lánguida su única mano ensangrentada hacia el rostro gris sin expresiones. Entonces se despiertan los ojos.

Una mano apresa su brazo alzado y lo estruja con fuerza, el dolor lo hace gritar. La mano aprieta y aprieta, hasta que el brazo se desprende del conjunto. Los ojos se iluminan con un tenue color rojo, son de vidrio.

La cosa se levanta y aplasta la cabeza del convulsivo superviviente con un pie. Se pone en cuclillas y acerca su palma al cadáver, clava una aguja.

Empiezan los gritos, empieza el drenado.

El cuerpo pierde consistencia hasta volverse un conjunto de huesos. Se endereza, abre una boca mecánica y Expulsa el líquido, esparciéndolo en el piso.

Se mueve como un autómatas, camina en dirección al calor, atento a cualquier sonido rítmico, mientras destruye cada resto de edificio en su

camino.